
Presencia femenina, ausencia masculina

Ricardo Fletes Corona
El Colegio de Jalisco

Miguel Vizcarra Dávila
Maestría en Estudios sobre la Región

Ideas de partida

1. Una de ellas de 45 años, otra joven de 22 y una adolescente de 14, al momento de la entrevista.

Este trabajo destaca la ausencia masculina en un par de unidades domésticas tomando, principalmente, fragmentos de vida de tres mujeres¹ que, en la época de contacto con ellas, compartían un mismo *habitat* urbano, un contexto socio cultural similar: la zona del barrio de San Juan de Dios, en la ciudad de Guadalajara, Jalisco.

Algunas ideas de partida nos sirven de marco para poner atención en la información que se presenta; enseguida se describe el barrio, para continuar con la parte central compuesta por los testimonios; a manera de cierre establecemos algunas conclusiones que se desprenden de los datos expuestos.

2. Se refería al par que estaba en ese momento a su lado, en una esquina del centro de Guadalajara. Es un adolescente de los denominados “de la calle”, pues a pesar de tener mamá y hermana ha roto sus lazos familiares. A la fecha de la entrevista tenía, según él, tres años de no ir a su casa. Todos los testimonios los recabamos en diario de campo, algunos fueron grabados.

El primer contacto se dio con la finalidad de recoger la voz de la mamá de un adolescente, a quien conocimos en las calles del centro Guadalajara, con el fin de obtener su versión –y visión– acerca de la salida de su hijo a la calle.

El adolescente en cuestión había roto el contacto con su familia; al preguntarle sobre ésta respondió: “mi familia es la banda, estos perros que ve aquí”,² probablemente molesto con nosotros por esa pregunta,

pero al mismo tiempo proporcionando una respuesta alejada de la familia. También le preguntamos en otro momento por qué salió de su casa, a lo que contestó: “nomás me salí y ya, ¿qué no puede salirse uno así y ya?”. Su enojo se manifestaba al tocar el tema. Al insistir si había alguna razón, algún motivo, dijo: “a ver, que otro cabrón llegue y se meta con tu jefa ¿no te saldrías del *house*? Yo sí, no me sentía bien con el ruco, luego pedo ¡chale!”. Estaba refiriéndose a su padrastro; luego nos diría que aunque llevaban una buena relación, a los 12 ó 13 años de edad comenzaron a tener problemas porque aquél lo regañaba cuando no iba a dormir a su casa: “Pero no hay pancho, uno ya es hombrecito y se la rifa solo en la vida, no hay pedo, así es esto”.

Por estos testimonios nos encontramos con el desencadenante de su salida a la calle, a saber, las diferencias de un adolescente con una figura adulta; además, está refiriéndose a su partida como una prueba de hombría, de autosuficiencia y, lo que destacamos, un contundente “así es esto” como un destino inexorable en su trayectoria de vida.³

Con el paso del tiempo nos dijo el nombre de su mamá, después nos indicó el domicilio aproximado de donde vivía; de esa manera, luego de la búsqueda, entramos en contacto con ella, una hermana de aquél y una amiga de la familia, entre otras personas.

Si bien, la idea inicial era la de buscar elementos en la familia de origen del adolescente⁴ que nos permitieran indagar las causas de su salida a la calle, los momentos y formas de rompimiento, el papel jugado por algún miembro de aquélla en su salida. Sucedió que al iniciar las transcripciones y sistematizar las primeras entrevistas con la señora Rosa y su hija Paty (mamá y hermana del adolescente, respectivamente), encontramos, por un lado, que parecía haber continuidad en la trayectoria de sus vidas, es decir, que la hija estaba siguiendo el mismo camino que su madre. Casi al mismo tiempo que contactamos a la señora Rosa, conocimos a Gaby, una joven amiga de esta familia que

3. Un par de veces que le dijimos a Pablo que ya habíamos contactado con su mamá pareció no importarle; emitió un lacónico “ai me la saluda, gracias”.
4. O lo que quedara de ella, pues nos comentó que no tenía padre y que sus hermanos mayores ya no vivían en la casa, lo cual constatamos posteriormente.

parecía ocupar el punto intermedio entre el camino de la hija y el de la señora Rosa. Así, las tres mujeres parecían conformar una sola trayectoria de vida. De este primer hallazgo surgió la idea de presentar en este trabajo una especie de trayectoria con la historia de las tres. De la misma manera, hubo un segundo hallazgo: la marcada ausencia de los hombres, incluso una supresión de la figura masculina, siendo apenas discursiva su presencia en la vida de estas mujeres y sus espacios cotidianos.

Así, durante la primera visita a la señora Rosa, donde la ausencia de esposo o pareja era evidente, le preguntamos sobre los hombres de la casa, a lo que nos respondió: “¡pa’ lo que sirven los cabrones!”. Así mismo, cuando le comentamos que su hijo era quien nos había dado su dirección, dijo: “¿ah sí?, está bueno, ya vendrá, nomás se creen hombres, y sí, se van como perros desbalagados”. Posteriormente, sólo en una ocasión nos preguntó sobre su hijo, cómo lo habíamos visto, si andaba drogado o no. En tal ocasión le preguntamos qué sentía, cómo se sentía al respecto, contestándonos: “¿cómo quiere que me sienta? Ahí están sus cosas, aquí es su casa, soy su madre sí, yo lo quiero mucho a éste, sí, y a los otros cabrones, pero ya ve, ¿dónde están?”.⁵

Creemos que no forzamos los testimonios que nos fueron compartidos al presentar este trabajo, pues la ausencia de los hombres en la casa parece estar naturalizada; su salida parece obedecer a un destino que se asume, que evidentemente, duele, pero que sucede y punto. Al mismo tiempo, nos permiten advertir algunos riesgos evidentes que ellas viven o han vivido, a los que se enfrentan cotidianamente y, también, el de que la más joven de las mujeres siga el camino que parecen marcarle las otras dos y, sobre todo, el contexto social.

En este orden de ideas, la presencia de una ausencia se destaca a lo largo de estos testimonios; a pesar de preguntar varias veces sobre el hijo que conocimos en la calle, así como las causas de su salida, no obtuvimos más que una serie de respuestas que se referían a la autonomía del hijo, la imposibilidad de cuidarlo o “andar

5. En esa ocasión, unas lágrimas rodaron por su mejilla, las retiró con la mano y dijo: “pos duele, pero qué. Le voy a traer un refresquito”. Se retiró y en dos minutos regresó con refresco en mano. Para cerrar el tema dijo: “si uno les pega, se van enojados, sí; si no les pega de todos modos se van”. No volvimos a tocar el tema ese día.

tras de él”. De ahí que el que vaya a la calle no es ni un rompimiento abrupto, ni una cuestión traumática; resulta más bien –desde la interpretación que hacemos de las palabras de la señora Rosa– parte del proceso natural del crecimiento de los hijos, esto es, de los varones de la casa.⁶ El camino de los hombres parece ir hacia fuera de la casa, el de las mujeres gira alrededor de ésta. La presencia del hombre es más simbólica que real y resulta poco útil, en términos prácticos; sin embargo la presencia afectiva, simbólica, aparece y es la que se hace presente.

Si bien las evidencias empíricas indican que existe un determinismo en la trayectoria de vida de las mujeres, queremos que el lector mire, además, hacia las ausencias (y con ello las posibilidades) de apoyo social⁷ que requieren para enfrentar mejor su vida actual y, eventualmente, escapar de lo que parece ser su sino. Por otro lado, creemos que no podemos evadir ni escamotear la responsabilidad social de ofrecerles condiciones, materiales e inmateriales, para lograr una vida con mayor dignidad, con mejores servicios y apoyos. Hay un campo de acción social que este grupo parece demandar y que los datos muestran entre líneas.

Se trata de vidas inmersas en un medio que no parece ofrecer sino salidas donde lo “natural” es que ellas incursionen en el mundo de la prostitución; que los hijos salgan del hogar, tengan contacto con drogas o, “simplemente”, desaparezcan sin dejar huella y sin una fuerte preocupación familiar, de manera aparente.

La ausencia de apoyos para estas mujeres parece facilitar el camino trazado para ellas, el cual, indefectiblemente las liga a trabajos inseguros e informales, a la prostitución, como parte de las estrategias de reproducción social aceptadas en su contexto inmediato. Ausencia que comprende tanto a los varones como a programas e instituciones que no aparecen en los testimonios recogidos. Los fragmentos de vida de los seres humanos aquí mostrados, nos permiten ver la dicotomía y las paradojas de lo previsible e imprevisible de su trayectoria en nuestra sociedad.

6. La aparente falta de preocupación e interés entre madre e hijo, nos parece un mecanismo de defensa que atenúa el dolor, les permite enfrentar de una manera más equilibrada la separación y mantenerse activos en acciones de cara a su sobrevivencia cotidiana.

7. Durante la temporada de trabajo de campo, no detectamos programas gubernamentales o no gubernamentales que estuviesen trabajando de manera permanente con esta población; es probable que se deba a que el trabajo lo realizamos, generalmente, de 6 de la tarde a 9 de la noche y algunos fines de semana. Más adelante dejamos ver lo que encontramos.

El contexto barrial

San Juan de Dios, hasta el comienzo de la década de 1980, era considerado el núcleo de la “zona roja” de Guadalajara. El nombre del barrio se deriva del templo católico que ahí se ubica; al lado de este último se encuentra la famosa Plaza de los Mariachis, en donde por las tardes, y sobre todo por las noches, dejan escuchar sus notas a los parroquianos y visitantes nacionales y extranjeros que se sientan en sus múltiples mesas a beber cerveza, tequila y degustar algún platillo típico regional; de hecho, San Juan de Dios es considerado un barrio tradicional, antiguo y popular, desde luego esto último como eufemismo para no llamarlo pobre.

Niños, jovencitas y adultos deambulan por el barrio en las noches, sin o bajo el efecto del alcohol o alguna otra droga. Hoy en día aún subsisten algunos bares, restaurantes y cenadurías. La prostitución se practica regularmente en esta zona, en la vía pública y, sobre todo, en las afueras de alguno de los hoteles de bajo precio que existen por ahí. No es extraño ver travestis y homosexuales compitiendo o compartiendo espacios con aquellas. La mayoría de sus habitantes son comerciantes, empleados o autoempleados en trabajos informales y en los más diversos oficios, obreros, y técnicos.

Dos avenidas importantes cruzan aunque no delimitan el barrio del todo, la calzada Independencia y la avenida Javier Mina. Aunque son los comercios los que predominan en el lugar, en donde se vende ropa, artículos para el hogar y escolares, bicicletas, juguetes –tanto en temporada regular como en navidad, artículos de belleza, etc. También es una zona habitacional, pero en decadencia como tal. Su cercanía al famoso mercado de San Juan de Dios, en donde se vende desde fruta, carne, comida, artesanías, joyería, ropa, videos (muchos de estos “piratas”), artículos electrónicos, etc., provoca que este barrio tenga un enorme flujo de personas, lo cual le otorga características que lo distinguen pues no es un lugar cerrado, sino de un tránsito continuo y abundante, además de múltiples relaciones fuera de

él. Un núcleo de cines (multicinema) fue construido recientemente, pero no ha alterado la dinámica ni el carácter popular del barrio.

Las Mujeres

Rosa, Gaby y Paty son la presencia de este escrito. La mayor de ellas, la señora Rosa, tiene alrededor de 45 años de edad; Gabriela (Gaby, en lo sucesivo) tiene 22 años; la adolescente, de 14 años, a quien llamaremos Paty, es hija de la primera.⁸ Desde hace varios años las tres viven en la misma vecindad, el mismo barrio y su vida está ligada a la prostitución, aunque de manera distinta. Dicho de otra forma, comparten un mismo contexto sociocultural.

La señora Rosa formó parte de una familia que vivía en la región del lago de Chapala; llegó a Guadalajara, directamente al barrio de San Juan de Dios, a los cinco años de edad (según refiere ella misma). Gaby y Paty nacieron en esta última ciudad; mientras que la segunda ha vivido siempre en el mismo barrio, nació en el Hospital Civil (recordemos que es hija de la señora Rosa), la primera, Gaby, vivió en la zona de Gante⁹ desde su nacimiento, se mudó a la vecindad donde vive actualmente, luego de las explosiones de 8 km de drenaje por combustible (el 22 de abril de 1992), o sea, tiene alrededor de trece años viviendo aquí. Esta última se ha negado a hablar de los sucesos de aquel aciago día, aunque refirió en alguna ocasión:

Me dan muchos nervios de hablar d'eso, mejor no; mire, cuando pasó eso ya nomás nos vinimos aquí mi má y otro hermano más chico que yo, él se fue de la casa hace bien mucho, se drogaba y se emborrachaba; yo descansé cuando se fue y mi má también, aunque luego le lloré; ya no lo vimos, unas amigas de mi má le dijeron que lo vieron ahí en la calle, por la [avenida] Federalismo, pero no lo volvimos a ver nosotras ya.

Gaby está a cargo de la manutención de su madre, una señora de casi setenta años que, a pesar de padecer artritis, es una mujer activa que hace el aseo, prepara

8. Por razones obvias, los nombres han sido modificados. Los testimonios citados fueron recogidos durante varias entrevistas, primero en la calle y posteriormente en la casa de la señora Rosa, durante noviembre y diciembre de 2005, y de febrero a mayo de 2006. Las tres personas accedieron generosamente a darnos su testimonio y su tiempo. El trabajo con ellas está suspendido. El discurso ha sido levemente modificado para hacer más ágil su lectura, respetando en todo momento el sentido.
9. La calle que lleva el nombre de Gante se encuentra a once cuadras de distancia, en dirección al sur, de la Plaza de los mariachis, núcleo de la zona del barrio de San Juan de Dios.

la comida del hogar y plancha ropa ajena como una manera de obtener ingresos. Gaby y su mamá viven solas compartiendo su vida, penas y recuerdos, de los cuales no quiere hablar la primera. Son para llamar la atención las fotografías y algunas ropas del hijo, que ya se fue, pero que aún mantienen colgadas en un perchero, como si no se hubiese ido, o como si estuviesen esperando su llegada de un momento a otro. La señora Rosa nos comentó en una ocasión sobre el hermano de Gaby:

Huy sí, cómo las hizo sufrir... pero era bien pegado al vicio, se juntaba con los mariacheros y los de ahí, yo creo que sí, que ahí fue donde agarró los vicios; cuando andaba bien era muy comedido ¿sí?, bien, con su mamá bien pegado; irá como para cinco años que el muchacho se les fue.

Hacemos un paréntesis para destacar que a pesar de los pocos datos que tenemos, podemos decir que el hermano de Gaby salió de su casa (ausencia confirmada por la señora Rosa), tuvo contacto con las drogas y, seguramente, con el mundo de la calle. Llama la atención que si el hijo se va de la casa y no hay noticias de él, aparentemente, no hay mucho que hacer. En este sentido, al preguntarle a Gaby si habían ido a preguntar por su hermano a la Cruz Roja o con la policía, nos dijo “pos sí, pero ya qué, da lo mismo, si se fue y si está en la cárcel ¿qué?, ¿cómo lo sacamos?, ¿con qué?”. Después nos diría sobre su hermano: “él escogió su camino, que Dios lo proteja”. Este último testimonio proporciona el indicio de que es posible que tengan información sobre él pero, por alguna razón, no quieren hablar al respecto. Como sea, se trata de una persona que era menor de edad cuando salió de su casa, del núcleo familiar, de quien recabamos muy poca o nula información.¹⁰ Algo similar ha pasado con dos hijos de la señora Rosa.

Si recapitulamos, podemos decir que las tres mujeres pueden reflejar la dinámica de asentamiento en este barrio: Paty, la más pequeña, nació ahí; Gaby, vivió aproximadamente hasta los diez años en la zona

10. Al parecer, el padre de Gaby murió en la tragedia del 22 de abril. La reacción de ella, su silencio y el hecho que bajara la cara al preguntarle al respecto, causó que no volviéramos a preguntarle.

de Gante y a esa edad se cambió al lugar donde vive hasta ahora; la señora Rosa tiene viviendo en el barrio alrededor de 40 años. Al preguntarles a las tres, en momentos diferentes, si se consideraban pertenecientes al barrio, todas respondieron que sí. Finalmente, las tres forman parte de dos familias en donde los hombres son figuras ausentes, por ello aparecen muy poco en este escrito, ya sea como jefes de familia o como hijos. La ausencia de estos últimos, en ambas familias, parece haber tomado carta de naturalización.

Trabajo y familia

Doña Rosa manifiesta dedicarse a la prostitución, refiriéndose a ésta como un trabajo, desde los veinte años de edad aproximadamente. Gaby, por su parte, se inició en el “oficio”, a su decir, cuando tenía 19 años; “yo ya era mayorcita de edad cuando de plano le entré a esto”, refiere. Mientras que Paty, si bien no se dedica a la prostitución, ha iniciado su vida sexual desde hace un año y, como ella misma refiere: “yo lo hago con mi novio porque lo quiero y pa’ que no me lo ganen otras viejas”. Paty sabe de la actividad de su mamá y nos dice:

Ella es muy trabajadora y es la mera responsable de nosotros, mi jefe no tanto, es borrachito, por eso yo apoyo a mi mamá, ella es la que nos da todo, ella trabaja en lo que sea, su trabajo es su trabajo, por eso a nosotras no nos falta nada, ya ve mis medios hermanos ni ayudan, puras broncas.

El contexto sociocultural en el que vive esta mujer adolescente, Paty, parece trazarle una trayectoria similar al de las otras dos mujeres de mayor edad con quienes comparte el mismo contexto de manera inmediata, relaciones filiales y amistad.

Doña Rosa es madre de cuatro hijos, “dos y dos”, dice. Los dos primeros son hijos de padres diferentes, los restantes, hombre y mujer, son de su tercer “esposo”;¹¹ al respecto comenta:

11. Colocamos comillas para acentuar la forma en que la señora Rosa se refiere a él, luego nos confesaría que no están casados ni por el civil ni por la iglesia: “sería más pecado casarnos que no casarnos”, dice. Además, el testimonio del hijo parece indicar que aquél no es su padre, sino su padrastro; esto no lo hemos verificado, en todo caso no buscamos la verdad de los testimonios, sino el discurso que nuestras informantes expresaron.

12. En las ocasiones que estuvimos en su casa no lo vimos, aunque era visible la ropa de joven que se encontraba esparcida en algunos lugares de la casa de la señora Rosa. Gaby, por su parte, cree que ese hijo “está en el bote”, pero ella misma dijo que no han ido a visitarlo.
13. Generalmente tiene dos empleos, ambos informales, con ingresos precarios; la venta de juguetes le deja un buen porcentaje, pero eso sucede sólo en temporada navideña.

Ahorita estamos peleados, pero sí vivimos juntos, nos queremos, yo sí lo quiero, pero [él] no quiere dejar el chupe, así que yo tengo que trabajar en este jale; cuando él anda bien yo no vengo a trabajar aquí, me gusta y él lo sabe, él también es bien caliente y anda con quien se le pone; a una no le faltan clientes, en veces voy ahí al mercado y sin querer ahí agarro y, sí, ahí sale pa alguna cosa, pa la familia; no crea, éstas [dice mientras se golpea la nalga derecha] todavía jalan dos que tres güeyes.

Además, comenta que su hijo mayor, Pedro, de poco más de veinte años, no vive con ella, cree que está en Tijuana o en el “otro lado”: “ya tengo como tres años que no lo veo, me escribe, me llama en veces”. El otro hijo, de 17 años, aún vive con ella, “pero casi no está en la casa”, afirma Rosa; sostiene que este hijo sí le salió rebelde, que es adicto y tiene muchos problemas con él.¹² Pablo, el hijo con quien establecimos contacto, ya no está en casa; declaró tener 15 años cuando lo conocimos. Paty, la hija más pequeña, tenía 14 años al momento de las primeras entrevistas.

En ocasiones, doña Rosa trabaja como empleada doméstica.¹³ Durante la temporada navideña vende juguetes que le dan a comisión; dada su cercanía a la calle Gigantes, donde se instala un tianguis de ese tipo de artículos en dicha época, es de las primeras que aparta un lugar ahí. También ha sido empleada en los diversos negocios de la zona. Cuando sus primeros dos hijos estaban pequeños vendía, junto con ellos, artículos de casa en casa, y en ocasiones lo hacía en alguna esquina de la zona centro de la ciudad, pero comenta: “nunca me gustó vender en la calle, es muy sucio, te llenas de polvo y te suenas y te sale el moco todo negro de la contaminación; también me llevaba al más chico sí, ése se la pasaba feliz, como que sí le gustaba la calle desde entonces, sí”. Refirió que ahí también conseguía clientes, “los hombres parecen perros calientes... y como estaba de mejor ver antes ¿sí?, pues ya le entré a este trabajo”. La venta de su cuerpo, en la actualidad es eventual.

Al preguntarle sobre su inicio en este trabajo, respondió “la vida te va llevando, ¿sí?; aquí ves que eso es un trabajo y ya, a una de chica los hombres le ven la cara, te dicen, te hablan bonito y tu se las das ¿sí?; pos si no eres pendeja les sacas un dinerito y, sí, ahí la vida te va llevando”.

Respecto a si existe alguna crítica o presión social por ejercer su profesión, comentó: “aquí todo mundo sabe que si no tienes trabajo bueno, así desos donde te dan seguro social y aguinaldo y las utilidades, pos sí aquí le puedes taloniar en esto sí”. En palabras de la señora Rosa, su contexto social es altamente permisivo hacia la prostitución, o dicho de otra forma, ésta se ha naturalizado, es parte del contexto que parece deslindarse de su decisión; “la vida te va llevando” es una expresión que dirige la atención hacia fuera de ella y refleja, con sus palabras, el contexto.

El hecho de estar casada, tener hijos, no parece ser impedimento alguno para dedicarse a esta actividad, sino que está relacionado, con alguna oportunidad que puede presentarse al ir al mercado, con la presencia-ausencia de su pareja, o con tener un buen empleo; existe un sentido de oportunidad, a la vez que se presenta como una estrategia de obtención de recursos económicos que con su trabajo, con su cuerpo, puede conseguir. El apoyo económico de la pareja de la señora Rosa no es mencionado; podemos decir, incluso, que ella es autosuficiente.

“Antes si ganaba bien –dice doña Rosa, refiriéndose a cuando estaba joven–, pero –continúa– mi viejo de ahora me quiso sacar del trabajo, y yo le hice caso, él no era tan borracho, ahora sí, como que se me descompuso, pos ya qué, ¿edá? pero es bueno si”. Su esposo, como punto de apoyo para dejar la prostitución, no ha sido suficiente para apartarla ni del contexto, ni del trabajo. También pudimos notar la ausencia de otros apoyos, como pueden ser programas gubernamentales o no gubernamentales que pudieran estarse ofertando en el barrio. Aunque no lo exponemos aquí, podemos decir que las redes sociales que posee doña Rosa son

bastante restringidas y la mayoría se circunscriben a la zona donde habita.

Por su parte, Gaby nos confió que ella no tenía pensado dedicarse al “oficio”, pero tenía que trabajar ya que veía que su mamá por más que se esforzaba en conseguir un buen trabajo y hacer trabajos extras, no le alcanzaba para mantener bien a su hermano y a ella. Su mamá, dice, no quería que dejara de estudiar la secundaria, pero ella quería ayudar a su mamá y consiguió empleo en una estética, posteriormente estudió para esa profesión; en el trabajo conoció a una compañera que le dijo que ella, con su juventud y con su cuerpo, podía ganar mucho dinero en un ratito. Nos contó al respecto:

Como yo veo este oficio aquí y donde vivía, desde niña, siempre me llamaba la atención de las muchachas que se metían con los hombres a los hoteles y yo ya sabía a qué iban... pues un día que me animé y le dije a mi amiga ándale vamos a ver cuánto gano en un ratito... y así le entré al oficio. No le digo que me va mal, pero así vivimos bien mi mamá y yo, sí, pues claro que este oficio es un trabajo.

Al inquirir si había tenido otros empleos respondió afirmativamente, que había trabajado como empleada –vendedora de piso– en diversos comercios, y como secretaria en un par de negocios. En este último empleo, sus respectivos jefes intentaron abusar de ella: “y casi en todos los empleos los viejos, los dueños sobre todo, andaban sobre mí, los hombres son como perros calientes”.¹⁴ Al preguntarle si había accedido en alguna ocasión nos dijo que sí, pero fuera del espacio de trabajo, “un señor sí me gustaba mucho y él coqueteaba conmigo y pos sí fue bonito”. Luego contó que un novio fue quien “se llevó mi virginidad, pero yo quise y lo hice por amor”. Respecto al hombre referido, lo describió

como triste, lloró la vez que nos cogimos, ya luego supe que tenía problemas con su vieja, pero no fue por mi culpa; yo no sé que pasa, pero ya en este oficio hay señores así, tristes, quien sabe, que hablan y hablan con una, como que sus viejas ni los pelan, sabe.

14. Expresión similar a la utilizada por la señora Rosa.

Al preguntarle si ella era criticada por dedicarse a ese trabajo, respondió negativamente, dijo:

todavía trabajo, poquito, edá, pero sí, pero todavía voy a la estética, ahí trabajo un ratito; aquí nadie te dice nada, no te dicen 'ésa es una puta', aquí eso es un oficio y es un trabajo honrado.

Al insistir en si había alguien que le dijera algo feo por dedicarse al oficio respondió:

Ah sí, los hombres, no muchos, pero los hombres en veces nos tratan mal, a mí no tanto, pero los *cucicos* esos sí nos tratan mal, pero ya sé lo que quieren, pero si quieren que se quiten el uniforme y que paguen, así a huevo no, pos por qué.

En otra ocasión mencionó conocer varias mujeres que se dedican a dicho oficio, unas sí parecen, otras no;

pero en veces nos encontramos y platicamos en dónde pagan mejor o dónde te tratan mejor; una tiene que sacar pa la comida y la renta y la ropa, las medicinas. En la estética sí gano, pero aquí gano más.

Tanto Rosa como Gaby parecen tener un objetivo inmediato: conseguir recursos económicos para vivir al día; tal es una constante en estas dos mujeres. La venta del cuerpo parece ser apenas una forma de obtener recursos.

Paty, la más pequeña de estas tres mujeres, hija de doña Rosa, sabe de la actividad de su mamá y de su amiga Gaby. Aquélla nos confesó que efectivamente hacía un año se había "metido" con su novio, quien al momento de las entrevistas todavía lo era: "Yo sí, él me pidió la prueba de amor y sí se la di porque lo quiero mucho, yo lo hago con mi novio porque lo quiero y pa que no me lo ganen otras viejas". Al cuestionarle cómo fue la primera vez, nos preguntó "¿cómo que cómo fue?"; le explicamos que si su novio o ella

habían usado preservativo, “no, la primerita vez es así a lo limpio, sin nada”, nos dijo. Insistimos, pero luego utilizaron algún método. No, dijo que cuando es con su novio es así, “al natural”, por eso es su novio. Al comentarle que aun así podría haber riesgo de contraer alguna enfermedad de transmisión sexual, dijo que sí podía haber “desas enfermedades que dicen, pero que se me hace ques puro cuento porque en las películas de los moteles nadie usa nada de esos condones, ni nada”. “Oye”, le dijimos, “pero tu mamá seguro te ha platicado de las precauciones que tienes que tomar”; “sí, ella me dice que me cuide, que sea limpia, pero así pues, ¿qué más me puede decir?”. En otro momento nos comentó que su mamá le indicó “que no se fuera a andar con pendejadas, porque no la quería panzona, ni que anduviera dándoselas a cualquiera, que se diera a respetar y que si iba a tener un novio que fuera seriecita”. De hecho, la señora Rosa aprobaba el noviazgo de su hija. En una ocasión se dirigió a ellos de la siguiente manera: “se cuidan, eh, cabroncitos, no me vayan a salir con pendejadas; sobre todo tú, sí, que no tienes cara de santo”, dijo mirando al novio de Paty. Ya en ausencia de aquél nos dijo: “se ve buen muchacho, serio, es cambiador, sí, pero ya ve cómo son los jóvenes dioy”.

Si en un primer momento pareciera que Paty es ingenua respecto al uso de medidas de prevención de enfermedades de transmisión sexual, llama la atención que tiene un par de referencias fuertes: su mamá no la conmina a utilizar preservativos, también las imágenes de referencia en los moteles contradicen los mensajes transmitidos por otros medios, producto de campañas de prevención. El cariño por su novio la lleva a tener relaciones sexuales sin tomar las suficientes precauciones, a nuestro juicio. No indagamos de dónde viene la idea que las relaciones sexuales con su novio, la primera vez y las subsiguientes, tengan que ser “a lo limpio”, es decir sin ningún medio preventivo.

Hasta donde supimos Paty no ha estado embarazada, pero lo que indagamos fue que, tanto Gaby como la

señora Rosa han ido a hoteles o moteles y han visto películas pornográficas, además, nos confirmaron que “ahí no se ve que usen los condones”. Nos diría la señora Rosa al respecto:

No, ni se imagina las cosas que se ven ahí en los videos de la tele, los viejos la llevan a una para que una se anime así a ponerse como se ponen las viejas ahí en los videos si, no yo no me animo ¿sí?, ni que me paguen, está cabrón yo ya estoy vieja.

Parece obvio que Paty seguirá el camino de Gaby y el de su madre, a menos que encuentre alguna salida, alguna oportunidad. Salir de su contexto parece una condición sin la cual no será posible escapar del camino de la prostitución. Le preguntamos a Paty cómo se imaginaba su futuro, nos dijo:

¿Por qué me pregunta eso?, no sé, muchos me preguntan eso, como que por los quince años que voy a cumplir, no sé; pero me imagino así que voy a estudiar, a estudiar y trabajar en una estética, pero no sé, así ¿cómo le digo?

Al preguntarle a doña Rosa sobre el futuro de su hija contestó:

Ya le dije que siga estudiando, ella ya no quiere seguir la secundaria, yo le digo que sí, que no sea pendeja; yo la mantengo, pero ella quiere estudiar estética, pos sí está bien, yo le digo que estudie las dos, ya preguntamos y sí se puede estudiar la estética [se refiere a estudiar la carrera técnica de cultora de belleza, en una academia] y seguir estudiando la secundaria.

Cuando le preguntamos a Gaby sobre cómo se imaginaba el futuro de Paty se mostró un tanto sorprendida, primero nos dijo que no sabía, luego, sonriendo respondió:

Ah... piensa que me va a seguir los pasos ¿edá?, porque ella quiere estudiar corte de cabello; no, yo no sé, bueno, me gustaría que ella sí estudiara y pos que se casara bien, pero a mí me gustarían tantas cosas y eso es una cosa ¿edá?

y otra es la vida de uno; yo no sé, que le vaya bien, eso me gustaría. A mí me va bien, mantengo a mi mamá y a mí con el oficio y en la estética, ay, no sé.

Llama nuestra atención que la idea de futuro les cause cierto conflicto, es claro que partimos de nuestra propia concepción que contrasta con el relativo corto plazo que se infiere de los testimonios de estas tres mujeres. Sin embargo, los testimonios también reflejan una realidad, el contexto social desde el cual se piensa el futuro, su futuro; en cierto sentido, parecido a la actitud respecto a las enfermedades de transmisión sexual. El sentido práctico, sus referencias a las películas o videos pornográficos sin protección alguna, refuerzan en la más joven de las mujeres, su comportamiento sexual. Además, la televisión en los hoteles y moteles les permite argumentar (como lo hicieron Gaby y la señora Rosa en más de una ocasión) que las campañas contra el Sida son un invento para ahuyentarles los clientes.

A manera de cierre

Los testimonios que aquí presentamos son evidencia de varias cosas, una de ellas, el contexto sociocultural que parece reproducir la misma trayectoria de vida en estas tres mujeres. ¿Será posible alterar esa trayectoria de vida? Sí, si las condiciones cambian, si se ofrecen oportunidades, puntos de apoyo. Desafortunadamente, no vemos ni cambio de condiciones, ni alternativas que puedan modificar sustancialmente el curso de sus vidas.

Relacionado con lo anterior, pero en un orden de cosas más prácticas, nos parecía inconcebible no haber encontrado vestigios claros de más de algún programa gubernamental o no gubernamental realizando alguna acción permanente en el lugar; insistimos en preguntarle a doña Rosa, con nombres específicos, si acaso ella recordaba que en el pasado hubieran venido a su barrio o a su vecindad, personas de la Secretaría de Salud, del DIF, o algunos educadores de otros lugares. Nos respondió con cierta molestia:

De que vienen, vienen, sí; todos los años andan con las vacunas para los niños y para inscribirlos en las escuelas, también ya vinieron hace mucho los del di [DIF], pero les escondíamos a los niños, porque nos decían que nos los iban a quitar... pus no sé quién dijo pero les decíamos que no teníamos así chiquillos, les enseñábamos a los más grandes, ¿sí?, a poco a ellos se los llevaban, no, a ellos no se los podían llevar. Ora sí que la vida se los lleva, sí ¿verdad?

Posteriormente le preguntamos sobre programas de prevención de enfermedades de transmisión sexual, o sobre sexualidad. Respondió:

Pero no, yo que me acuerde no nos hablaban deso de la sexualidad. Sí, en veces que venían a darnos pláticas de comida, pero venían unas muchachas así que ni sabían bien cocer [cocinar], muchachas nuevas, pos así una se aburría. En navidá venían más antes, ora menos. Los que casi no dejan de venir, pero casi ya no vienen son los del aleluya, los aleluyas, bueno, así les llamamos, pero el padre un día nos dijo que esos eran hermanos separados de la iglesia, equivocados pues. Son buena gente pero son como la pinchi humedá, ¿sí?, entran y entran; en veces yo les digo que no frieguen que dejen descansar... Usté cree que esos nos hablan de sexualidad, pos no ¿edá?

Frente a estos elocuentes testimonios parece que el curso de su vida se perpetuará, sobre todo en la medida que no vimos acciones que lleven a otro tipo de caminos, que alteren su curso.

La ausencia de apoyos, de oportunidades, parece revelar que unidades domésticas como las de la señora Rosa y Gaby reaccionan a lo social –micro y macro– expulsando a los varones fuera de éstas y manteniendo a las mujeres nucleadas, conformando así un tipo de unidad doméstica particular. La figura masculina tiene prácticamente una existencia virtual. En el caso de los testimonios de las mujeres aquí presentados, nos llama sobremano la atención, la ausencia de puntos de apoyo para ellas. En un contexto sociocultural micro, como lo es el barrio de San Juan de Dios, la prostitución parece tener carta de naturalidad para las

mujeres, no como una forma exclusiva, sino como una estrategia más de supervivencia, donde el cuerpo es una mercancía de intercambio. Así lo imprevisible de toda trayectoria de vida social se torna, en cierta medida, previsible. Junto a la prostitución se encuentran los trabajos precarios, temporales, inestables, con acoso sexual. La primera actividad sale “ganando” en términos de tiempo e ingreso económico; doña Rosa es contundente al respecto:

Nombre, así para las quincenas y los sábados me pongo lista, ¿sí?, dos o tres jales y sale para la semana; ... trabajando de empleada medio día y en toda la semana entera, hasta el sábado gano 300, 350 pesos; no, si me agarro a un cliente y lo veo de modo, lo que gano en una semana lo saco en una cogidita, rápido.

Frente a razonamientos de este tipo, que dirigen el comportamiento de esta mujer, es difícil a estas alturas de su trayectoria de vida, lograr modificaciones sustantivas. Como ella misma refiere, la edad la va a alejar de este trabajo, está dejándola sin “clientes”; es necesario procurarle opciones dignas para sustentar su vida futura que le permitan ofrecer un mayor apoyo a sus críos, y seguramente, a los nietos que vendrán. A nuestro juicio, Paty se perfila hacia la vida que lleva Gaby, la cual es parecida a la trayectoria que siguió la vida de la señora Rosa.

En este sentido y en términos más teóricos damos cuenta del microsistema social de estas personas, construido por nosotros a partir de datos empíricos, mismo que refleja un fragmento de relaciones sociales comprensibles en el marco de un sistema social más amplio, mostramos cómo, en aquél microsistema se producen y reproducen componentes sociales de violencia, de roles masculinos y femeninos.

Creemos que de contar con puntos de apoyo, es decir, con una red de relaciones sociales de las cuales puedan formar parte organismos gubernamentales y de la sociedad civil, es posible intersectar, en

un momento dado, su trayectoria de vida y lograr modificar un camino al que se ven orilladas por falta de oportunidades, ausencia de acciones o indiferencia, que permitan desarrollar mejor el potencial que todo ser humano posee.

Deberíamos intervenir para que la posibilidad de que Paty siga la trayectoria que parece marcarle su contexto social, se altere y tome formas que consideramos más dignas de insertarse socialmente. La prostitución significa una actividad de supervivencia y un enorme riesgo para la salud.

Aquí se vislumbra un campo de acción en que toda la sociedad debiera actuar y propiciar puntos de apoyo para lograr incidir en la modificación de trayectorias de vida. Sin embargo, parece haber un hueco en las acciones de asistencia social dirigidas hacia el grupo de personas que habitan y comparten el contexto sociocultural de referencia de nuestras protagonistas. Ello significa un reto importante para su atención; antes que nada, identificando las mejores formas de hacerles llegar la información y el requerimiento de las necesidades específicas que parecen demandar. Lo que hemos aportado ofrece algunos puntos de referencia que bien podrían ser retomados por las instancias interesadas en el abordaje de esta población. La ausencia de los hombres, en este caso, se convierte tanto en un producto de la violencia estructural, como en una forma de violencia masculina hacia las mujeres.

Sin la constatación de apoyo alguno a las mujeres de este relato en el tiempo que estuvimos con ellas, se vislumbra un triste destino si lo dejamos así; inaceptable por lo que implica de sufrimiento y de violencia hacia ellas. Modificar su trayectoria de vida significa reconocer que existen como seres humanos y, enseguida, trazar acciones pertinentes que permitan otros horizontes de dignidad y justicia, las cuales en este momento como sociedad le estamos negando al grupo de personas que comparten las características de fuerte presencia doméstica de estas mujeres y la ausencia de los hombres.